

A man and a woman are shown in a close embrace, nearly kissing. The man is wearing a cowboy hat and a plaid shirt, while the woman has blonde hair and is wearing a white top. The background is a dark, solid color. Numerous 100 dollar bills are scattered around them, appearing to fall or float in the air. The text 'Ailene Frances' is written in a white, stylized font across the top of the image.

Ailene Frances

Por **Amor**
O Por **Dinero**

Lectura de muestra

Por Amor o por Dinero

Por

Ailene Frances

©Derechos de autor 2024 Ailene Frances/ Eileen Sheehan
Impreso en los Estados Unidos de América
Derechos electrónicos y digitales en todo el mundo
Derechos de impresión en todo el mundo

Earth Wise Books
Edición electrónica

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en cualquier forma, incluyendo digital y electrónica o mecánica, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el consentimiento previo por escrito del editor, a excepción de breves extractos para su uso en reseñas.

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, nombres, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan ficticiamente, y cualquier parecido con cualquier persona real, viva o muerta, eventos o lugares es completamente coincidencia.

Aviso** Algunas partes de esta historia pueden resultar demasiado gráficas, sexualmente explícitas, verbalmente vulgares o violentas para lectores sensibles o traumatizados. Se recomienda discreción del lector.

Esta historia está dedicada a los lectores de romance contemporáneo.
Ustedes hacen esto posible. Gracias.

CONTENIDO

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

UN ADELANTO DE VIUDA DE PAPEL

SOBRE EL AUTOR

LIBROS DE EILEEN SHEEHAN

UNO

Apenas clareaba una mañana de verano cuando Theresa vio por primera vez a Jeffrey Holmes. Había ido para ayudar al padre de Theresa a guardar el primer heno de la temporada en el desván y ella estaba convencida de que era el hombre más guapo de la tierra, sin excepciones. Era alto, moreno, gallardo y tan fuerte. Observó con un brillo en la mirada la forma en que sus poderosos músculos se flexionaban mientras levantaba pacas de heno sobre la cinta transportadora.

Theresa estaba enamorada por primera vez.

Años más tarde aún podía sentir cómo su corazón prácticamente había salido aleteando de su pecho cuando, al girar su hermoso rostro hacia ella, le dirigió una sonrisa, que hizo que los hoyuelos de sus mejillas se profundizaran, y un rápido guiño de sus chispeantes ojos azules. Su mano grande y callosa se sentía cálida y poderosa cuando le alborotó, juguetón, el largo cabello besado por el sol.

Ella no se desanimó al descubrir que tenía veintiún años. Para el amor la edad no tiene importancia. Theresa lo siguió como un perrito ansioso hasta el día en que se casó con Penélope Pratt.

Se vio obligada a asistir a la boda con su familia. Él lucía como un modelo al pronunciar sus votos frente a Penélope. En el momento en que lo escuchó decir "Acepto", su garganta se contrajo. Para aumentar su miseria, sus piernas amenazaron con traicionarla cuando el ministro

declaró a Jeffrey y Penélope marido y mujer y se besaron antes de volverse hacia la multitud de amigos y parientes que aplaudían.

La felicidad que él irradiaba era proporcional a lo miserable que ella se sentía. Con el corazón roto, juró que lo odiaba y que nunca se permitiría enamorarse de nuevo.

Tenía doce años.

Ahora, quince años después, Theresa aún se mantenía fiel a esa promesa. No sólo había puesto su corazón bajo llave, sino que apenas se había atrevido a salir en unas cuantas citas. En cambio, se zambulló en sus estudios de zootecnia y medicina veterinaria.

Título en mano, había establecido con entusiasmo un consultorio en su ciudad natal. Su especialidad era el cuidado y la cría de animales como los caballos y el ganado. Estaba emocionada por comenzar.

En cuanto tuvo un momento de paz y tranquilidad después de establecer su oficina no pudo evitar preguntarse si Jeffrey aún vivía en la zona y cómo estaría, aunque Theresa rara vez pensaba en él por esos días.

A lo largo de los años había preguntado casualmente sobre la salud, las actividades y el paradero de varias personas; siempre teniendo cuidado de insertar el nombre de Jeffrey en la mezcla. Por tanto, sabía de su divorcio hace cuatro años, ignoraba los detalles, pero debió ser un golpe muy fuerte porque se recluyó, alejándose de la vida social, lo que dificultaba saber algo sobre él.

Uno de los rumores rezaba que se había hecho cargo del negocio ganadero de su padre, otro decía que había abandonado la zona para recomenzar su vida. Ella estaba a punto de descubrir la verdad, ya que la habían llamado al rancho de la familia de Jeffrey para inspeccionar a su nuevo semental y algunas yeguas con las que querían cruzarlo.

El aguacero del verano finalmente se había transformado en una neblinosa llovizna que dejaba un desastre fangoso a su paso. Al maniobrar cuidadosamente a través de los numerosos surcos que la lluvia había convertido en charcos de barro, grumos de tierra pegajosa se aferraron a los costados de su recién lavada camioneta. Suspiró disgustada. Había gastado una suma considerable en pintar su nombre e información de contacto en el costado del vehículo. Le hubiera gustado que se viera claramente al llegar con su primer cliente. En cambio, luciría como si hubiera participado en una carrera en el barro.

David Holmes, el hermano menor de Jeffrey, estaba esperando en la puerta para recibirla. Su cálida sonrisa le recordó tanto a la que Jeffrey solía brindarle que con sólo verla le dolió el corazón. Se esforzó en calmar su cuerpo sobresaltado y ofrecer al menos la apariencia de normalidad, redujo la velocidad de su vehículo hasta detenerse y bajó la ventanilla.

—Soy Theresa Burk —dijo vacilante—. Tengo una cita con tu padre.

—No me recuerdas, ¿verdad? —preguntó David con una sonrisa mientras subía el sombrero, despejando su frente para exponer mejor su rostro.

Theresa inclinó la cabeza a un lado y lo estudió cuidadosamente. El cabello oscuro, la aristocrática nariz recta, la fuerte mandíbula cuadrada y los brillantes ojos azules eran casi una réplica de los de Jeffrey, pero ahí llegó con el reconocimiento:

—Entonces, ¿nos conocemos?

—Eras una niña con trenzas y frenos en los dientes totalmente en la luna por mi hermano —se rió entre dientes—. Nos encontramos en varias ocasiones cuando lo acompañaba para ayudar a tu padre con el heno, pero dudo que lo recuerdes. Sólo tenías ojos para Jeffrey.

Aunque mortificada por sus burlas, mantuvo la compostura:

—Payasadas de niña tonta.

Los ojos color avellana de Theresa se humedecieron por el aguijón de la humillación, brillaban cuando le dirigió lo que ella consideraba una sonrisa confiada. Sus dientes blancos como perlas y perfectamente rectos eran un testimonio de los frenos que se había visto obligada a soportar durante casi dos años de su tierna adolescencia.

David contuvo la respiración mientras se bebía con los ojos la belleza natural de Theresa, su sonrisa era cálida y amistosa pero no dijo nada que indicara que era consciente del efecto que había producido en él. Por la manera casual

en que se sentaba al volante de su camioneta, él tuvo la impresión de que coquetear con el sexo opuesto era algo que raramente, si es que alguna vez, cruzaba por su mente. De alguna manera eso la hizo aún más atractiva.

Se lanzó contra la cancela para abrirla con su peso corporal y dejar espacio para que entrara. En realidad, le daba una mejor visión del interior del auto y de su físico esbelto pero completamente desarrollado. Al inclinarse para cambiar de marcha y pasar la camioneta por la puerta, él vio su gruesa trenza color rubio oscuro recorriendo el centro de su espalda antes de que sus ojos se desviaran hacia sus fuertes y delgados muslos que maniobraban el embrague y el pedal del acelerador.

Condujo lentamente la camioneta por la abertura que David había creado para ella y él quitó algunas plastas de barro espeso de la puerta del conductor.

—Me gusta tu letrero. ¿Quién lo pinto?

—Greg Whitehall lo hizo —dijo sonriendo con orgullo.

—Greg es un buen hombre. No sabía que rotulaba.

Creí que sólo criaba cerdos —dijo David con correspondiendo su sonrisa.

—Es su negocio lateral —dijo Theresa mirando el largo y sinuoso camino que conducía a la casa principal—. Olvidé preguntarle a tu padre dónde vamos a encontrarnos. En los establos, ¿supongo?

—En realidad, te está esperando en la casa. Quiere revisar algunos papeles primero. Cree que todo irá mejor si

estás familiarizada con el pedigrí de los animales antes de examinarlos —explicó David.

Theresa levantó una ceja. Normalmente, prefería ver primero a las yeguas y evaluar sus defectos y fortalezas, antes de estudiar los pedigrís de los ejemplares que le parecían óptimos para cruzarse. Decidió no decir nada y hacerlo a su manera. No valía la pena desafiar ni avergonzar a Henry Holmes por algo tan menor. Necesitaba ganarse su respeto y confianza, desafiar sus métodos de selección no era la forma ideal de comenzar su relación.

Asintió llevando su camioneta a través de la abertura de la reja. Sus ojos no pudieron resistirse a admirar el firme trasero y los muslos de David al flexionarse contra la gastada tela de sus jeans al tiempo que maniobraba para cerrar la puerta. Estaba tan concentrada en admirarlo por poco se le escapa el hecho de que no había ningún vehículo para llevarlo a la casa.

Detuvo el camión y lo llamó:

— ¿Necesitas que te lleve?

Él asintió con la cabeza y manifestó su agradecimiento al tiempo que trotaba, lo mejor que podía con sus gastadas botas de vaquero, evitando la miríada de hoyos de barro.

—Pienso que deberíamos rellenar los surcos, pero volverían a aparecer. El suelo en estas partes no se adapta al peso de los vehículos que le pasamos encima. Sin embargo, tampoco puedo ver a pa' poniendo el dinero necesario para pavimentar —dijo saltando al asiento del pasajero.

— ¿Qué hay de la grava? —preguntó Theresa.

—Este camino mide poco más de un kilómetro de largo. La grava es más barata que el pavimento pero aun así costaría una buena cantidad y pa' prefiere gastarla en ganado —explicó David.

—No puedo culparlo —reflexionó Theresa.

—Gracias por el aventón —dijo David con una de sus sonrisas cautivadoras moviendo su cuerpo en el asiento hasta que se sintió cómodo.

Su sonrisa era tan cálida y amistosa que Theresa no pudo evitar sonreír también. Algo dentro de ella revoloteó; un recuerdo de hace mucho tiempo. Rápidamente enfocó su atención en guiar la camioneta a la casa alejada del camino y normalizó sus emociones. Le preocupaba encontrarse con Jeffrey y tener esas viejas emociones a flor de piel. No se había dado cuenta de que podrían resurgir al encontrarse con cualquier miembro de la familia. Tratar con los Holmes podría ser más agotador de lo que ella pensaba. Si no necesitara a todos los clientes que se cruzaran en su camino, giraría el camión y saldría huyendo de allí.

Henry Holmes observó a Theresa subir la camioneta a la zona de estacionamiento y salir, recargado casualmente en el poste del porche. Frunció el ceño, haciendo que sus cejas se juntaran, al ver salir a David.

— ¿No tienes cosas que hacer aparte de coquetear con la señorita Burk?

—Alguien tenía que abrir la verja y dejarla entrar —
ladró David.

—Por favor, llámeme Theresa —dijo acercándose a
Henry con la mano extendida.

Cuando él tomó su mano esbelta en la suya, grande y
callosa por el trabajo, sintió una sacudida de electricidad
atravesar su cuerpo. Una vez más los recuerdos de Jeffrey
inundaron su mente. Retiró su mano lo más rápido y
discretamente posible y sus sonrisas se encontraron. Ella
decidió que, aunque Jeffrey y David heredaron la mayor
parte de su atractivo físico de su madre, la sonrisa
definitivamente era la de su padre.

—Theresa, entonces. Por favor, ven a mi oficina. Me
gustaría mostrarte con qué tratarás.

Observó por el rabillo del ojo que David se dirigía a los
establos y siguió obedientemente a Henry hasta su oficina.
Buscó signos de Jeffrey lo más discretamente posible, pero
no los encontró; normalmente preguntaba por él pero,
después del comentario burlón de David, temía que su
interés fuera demasiado obvio.

Una vez dentro de la oficina, ella apartó de su mente
todos los pensamientos sobre Jeffrey para concentrarse en el
asunto que tenía entre manos. Henry Holmes no era el
ranchero más poderoso ni más rico del condado pero era
muy respetado. Complacerlo sería un gran avance en la
construcción de su negocio.

Theresa revisó los papeles de cada yegua con una minuciosidad que complació e impresionó a Henry. Era un buen comienzo. Cuando se sintió segura de que no sólo comprendía los desafíos que enfrentaría en cuanto a la reproducción, sino también el resultado que Henry buscaba obtener, solicitó ver los documentos del semental. Henry alzó una ceja, pero se la trajo.

—Nunca antes había tenido un criador que revisara los papeles del semental —reflexionó Henry al entregárseos con una mirada de confusión—, por lo general verifican a las yeguas y hacen el trabajo.

—Estoy familiarizada con los hábitos y tasas de éxito de la mayoría de los sementales del área que valen la pena. Al saber quién lo engendró, tendré una mejor idea de cómo emparejarlo —explicó.

—Bien pensado —dijo Henry asintiendo—, pero planeo preñar a las tres yeguas.

—¿No le gustaría saber qué combinación crearía un mejor pedigrí? —preguntó.

—Eso se hace verificando la estirpe de la yegua, no del semental —respondió.

—Es mejor revisar a los dos —dijo ella con firmeza.

—Es una idea nueva —dijo Henry encogiéndose de hombros—, pero tiene sentido.

Theresa se sentó en silencio y sacó los papeles del semental. Cuando finalmente los dejó sobre la mesa y se puso de pie, descubrió que estaba sola.

— ¿Hola? —gritó a través de la puerta abierta de la oficina— ¿Señor Holmes? Terminé.

El silencio la saludó.

Theresa se devanó los sesos tratando de recordar si Henry dijo que iba a retirarse y que regresaría en breve o si le pidió reuniera con él en las cuadras. Se maldijo a sí misma por su hábito de bloquear el mundo cada vez que se concentraba en algo que consideraba importante.

Tras permanecer de pie en la entrada finalmente cayó en cuenta de que tenía que tomar una decisión. ¿Debería entrar a la casa y buscar a Henry o sería mejor ir a los establos? Después de llamarlo una vez más determinó que no había ninguna razón para que invadiera su hogar buscándole. Regresó al escritorio para asegurarse de que los papeles estuvieran a salvo y en orden. Se aseguró de colocarlos en una pila debajo de un libro —para evitar que salieran volando si alguien abría la puerta— y se dirigió hacia la puerta.

El clima había vuelto a descomponerse mientras estaba ocupada inspeccionando los pedigrís. El viento se había levantado hasta ganar la etiqueta de severo. Corrió hasta su camioneta y sacó un rompevientos de detrás del asiento. Se estremeció al colocárselo y se cuestionó su razonamiento, puesto que ya estaba empapada por la lluvia.

El lado bueno era que el aguacero torrencial de la Madre Naturaleza estaba removiendo el lodo adherido a su auto.

Sacó su cámara de la guantera, la metió debajo de su impermeable y corrió hacia las cuadrillas.

El olor a carne de caballo, heno y estiércol llenó sus fosas nasales, para ella era como perfume. Se relajó al instante, otra vez se encontraba en su elemento.

—Parece que nos espera otra tormenta en Montana —dijo una voz que había escuchado tantas veces, en el tiempo en que sólo era una jovencita enamorada, que nunca podría olvidarla.

Su corazón dio un vuelco e inspiró al identificar esa voz demasiado familiar. Jeffrey Holmes.

Theresa cerró los ojos, luchando por calmar los latidos de su corazón a un ritmo normal. ¿Qué era lo que la atormentaba de Jeffrey Holmes? Después de todo sólo era una niña de doce años cuando le rompió el corazón, si es que el corazón de una niña de esa edad podía romperse. Seguramente su encaprichamiento con él era solo eso, el romanticismo de una niña apoderándose de ella. Sin embargo, quince años después, allí estaba, toda una adulta en su sano juicio que reaccionaba al sonido de su voz como si todavía fuera esa niña. Después de todos esos años de separación todavía tenía el poder de despertar en ella algo que nadie más podía.

—Eres Theresa Burk, ¿cierto? —preguntó.

—Sólo Theresa —dijo, respiró hondo, colocó una sonrisa en su rostro y lentamente se giró para mirarlo.

—Ha pasado mucho tiempo, Theresa —dijo Jeffrey—. Solía ayudar a tu padre en el rancho. Soy Jeffrey. ¿Me recuerdas?

Theresa quería gritar, '¿Cómo podría olvidarte? Me rompiste el corazón y nunca se curó'. En cambio, logró articular: "Sí". Sus ojos se agrandaron ante la visión de lo que tenía delante. Jeffrey estaba recargado en el costado de un enorme semental plateado, al tiempo que acariciaba su nariz. Su cuerpo estaba oculto detrás de una larga y oscura gabardina gris, el cuello estaba vuelto hacia arriba para cubrir la mitad inferior de su rostro y tenía el sombrero bien encasquetado. Sólo sus inquietantes ojos azules, que ella recordaba tan bien, quedaban expuestos.

—Solamente llueve afuera —dijo Theresa en un tono que esperaba fuese ligero y provocativo.

— ¿Perdón? —dijo Jeffrey con evidente confusión.

—Tu atuendo —explicó—. No está lloviendo aquí dentro. Creo que estás a salvo.

—Odio la lluvia —respondió en voz baja sin hacer amago de mostrar más su cuerpo—. Espero no haberte hecho esperar mucho. Mi padre nunca me perdonaría semejante grosería.

—Acabo de llegar —dijo en voz baja.

Jeffrey no dijo nada al darse la vuelta para alejarse. Theresa captó un toque de pavoneo bajo su gruesa gabardina. Recorrió unos cuantos metros antes de llamarla por encima del hombro:

—Sígueme y te mostraré las yeguas.

Arrugó la frente al caminar solemnemente detrás de él hasta los pesebres de las yeguas, sin dejar de examinarlo. ¿Cómo iba a centrarse en las yeguas y el semental estando ahí junto a él? Incluso cubierto, su cuerpo irradiaba una sensualidad abrumadora que le resultaba absorbente.

Cuando llegaron a la sección de las caballerizas que albergaba a las yeguas, le retiró el protector de lluvia a su sombrero y luego se quitó el abrigo; colgando ambos en un gancho cercano. Pasándose las manos por el pelo antes de volver a colocarse el sombrero, señaló otro gancho y se lo ofreció para que lo usara si quería quitarse el impermeable. Dado que iban a estar allí un rato, siguió su ejemplo y se retiró el impermeable.

Tras liberarse de la prenda, hizo todo lo posible para centrar su atención en la yegua de la primera caseta donde la llevó. Tal y como esperaba, era difícil concentrarse teniéndolo tan cerca.

Era incluso más divino de lo que ella recordaba, si era posible. Sus músculos delgados se marcaban en las mangas de su camisa a cuadros con estilo del oeste y en sus vaqueros de mezclilla descoloridos de una manera que a ella le parecía profundamente seductora. El pelo oscuro le caía sobre sus orejas, resaltando sus lóbulos perfectos que atraían a sus labios de manera provocativa. Estaba tan absorta en su proximidad que sus palabras apenas penetraron en sus oídos. De no ser porque en ese momento

se encontraba saboreando los movimientos que sus resueltos y finos labios hacían al hablar, ni si quiera hubiera notado que le estaba preguntando qué pensaba sobre la yegua que debía examinar.

La repentina comprensión de que su ansia por Jeffrey amenazaba con poner en peligro el futuro de su negocio le cayó como un balde de agua helada en el rostro y volvió a la realidad. Necesitaba recuperar el control de su cuerpo y la situación antes de que las cosas se estropearan más allá de todo remedio.

DOS

Jeffrey hizo todo lo posible para mantenerse alejado y ecuánime al guiar a Theresa hasta las yeguas que su padre quería que inspeccionara. La recordaba como una niña desgarbada, bajita, plana, pecosa y con frenillos. La mujer cuya compañía compartía era todo excepto desgarbada o plana. Hacía mucho tiempo que le retiraron los frenillos, dejando un hermoso conjunto de dientes nacarados. Sus pecas se habían desvanecido o estaban inteligentemente ocultas con maquillaje que daba el efecto natural de simular que no usaba maquillaje.

Él ocultó deliberadamente su rostro y su cuerpo al acercarse a ella por primera vez para ocultar los efectos que le había provocado, tanto física como emocionalmente. Era la mujer más deslumbrante que había visto en años y se había calentado. Necesitaba que el abrigo holgado cubriera lo que sus ajustados jeans ciertamente revelarían.

Su cuerpo la añoraba, incluso si su mente se resistía. Su divorcio lo había devastado al punto de alejarse de las mujeres, sin importar lo hermosas y sexys que pudieran ser.

Recordó la forma en que la Theresa de doce años lo miraba. En su momento le había parecido entrañable, sin embargo, de alguna manera estaba feliz porque ella claramente ya tenía esos sentimientos; si hubiera mostrado algún interés, él podría haber tenido la tentación de romper su juramento y tomarla allí mismo. Hacía años que no se

acostaba con una mujer. Ni siquiera lo había echado de menos... hasta que la vio. Ahora su cuerpo estaba duro y caliente, anhelando la liberación.

Al llegar a los potreros de las yeguas se había calmado lo suficiente como para quitarse la gabardina. Temió perder el control cuando ella se retiró el impermeable revelando claramente los abundantes senos, cintura estrecha y amplias caderas. Su cuerpo era curvilíneo pero no regordete. No podía dejar de pensar en lo perfecta que luciría en la portada de una revista o incluso como chica de calendario. Era una pena cubrir tanta exquisitez con camiseta y jeans, aunque fueran ajustados.

Él sonrió al pensar en la posibilidad de que aún estuviera encaprichada de él. Aquello no había sido más que un enamoramiento infantil, no tenía más de doce o trece años. Esa era la etapa en que las hormonas comenzaban a florecer y el amor se convertía en una fantasía seductora. Supuso que ella se había enamorado de muchos tipos en ese tiempo. Por su aspecto, estaba seguro de que, a lo largo de los años, habría tenido una buena cantidad de novios. Alguien tan sexy como Theresa Burk tendría más que suficientes oportunidades de atraer a los hombres. Era una tontería de su parte pensar que todavía podría albergar sentimientos por él. Por lo que sabía, ella podía estar arrejuntada con un chico o quizás camino al matrimonio. No vio un anillo de compromiso, pero, dado que trabajar con ganado podía ser un asunto complicado, sería normal dejar

un anillo de diamantes caro en la mesita de noche hasta terminar con el trabajo.

Logró mantener sus deseos bajo control durante la reunión. Esperó hasta que la vio subir a su camioneta, pero sus impulsos cobraron vida al verla acomodar una orilla de su camiseta de vuelta bajo sus pantalones. La postura que asumió para llevar a cabo la tarea forzó sus pechos hacia adelante y llamó la atención hacia su suculto trasero en los ajustados vaqueros descoloridos. No ayudaba que hubiera sostenido su impermeable aún húmedo contra su cuerpo, haciendo que la camiseta mojada se pegara a sus senos al arrojar el abrigo al interior del coche.

Prácticamente cojeó hasta el departamento que tenía sobre los establos. Con la impaciencia de un marinero que acaba de tocar puerto, corrió al baño, tomó una botella de loción del armario y colocó una buena cantidad en la palma de su mano; con la otra, dejó caer sus pantalones. Al principio la loción estaba fría, pero se calentó rápidamente cuando hizo lo que tenía que hacer, enloquecido. Cerró los ojos y pensó en los grandes pechos de Theresa. Su nombre se le escapó de los labios cuando se rindió a la necesaria liberación.

Sentía las piernas débiles al apoyarse contra la pared del baño para recuperar la compostura. Dando un suspiro de disgusto y decepción de sí mismo, miró su reflejo en el espejo mientras se lavaba con agua caliente y jabón.

¿Qué le pasaba? No le molestaba el hecho de haberse pajeado, eso lo hacía a menudo, el problema era que había logrado mantenerse libre de deseos sexuales desde que se divorció de la zorra de su esposa, Penelope, y quería seguir así. Había aprendido, de primera mano, que las mujeres eran unas infieles mentirosas cuando, al llegar inesperadamente a casa, encontró a su esposa en la cama con un compañero de trabajo. Las mujeres no eran más que problemas.

Se hizo una promesa a sí mismo. Theresa Burk nunca volvería a tomar el control de sus deseos. Poco importaba que ella no hubiera hecho nada para instigarlo. Él la culpaba de todos modos. Era una mujer y las mujeres eran problemas que más valía evitar.

TRES

Theresa caminaba de un lado a otro, recorriendo el largo de su oficina, mientras esperaba a que sonara el teléfono. Había pasado casi una semana desde que visitó el rancho de los Holmes para evaluar al semental y las yeguas, y todavía no había recibido ni un "sí" ni un "no" de Henry Holmes o sus hijos sobre si iban a seguir adelante. Necesitaba poner en marcha su negocio y hacerlo con un trabajo como el que Henry ofrecía sería un trampolín fantástico.

Sólo le habían llevado unos cuantos animales pequeños a consulta y le preocupaba que, si no tenía cuidado, su negocio se convertiría en la veterinaria estándar y estereotipada que quería evitar. La idea de estar atrapada en una oficina de la mañana a la noche lidiando con perros y gatos la estremeció. Quería la variedad y la libertad que proporcionaban los animales grandes. Quería los olores y el ambiente de un establo, no una oficina. Necesitaba que sus habilidades y competencia se difundieran de boca en boca. Necesitaba que Henry Holmes le diera una oportunidad.

El timbre sonó, notificándole que alguien había entrado a la sala de espera. Todavía no había contratado a una recepcionista, así que se dirigió a recibir a su cliente. Era la señora Johnson con otro gato callejero, una anciana de setenta años y activista animal bastante adinerada que tenía una pasión por recolectar animales de la calle y

llevarlos a recibir atención médica antes de regresarlos a la vida silvestre. Su razonamiento para liberarlos tras asegurarse de que gozaban de buena salud era que no tenía espacio para quedárselos. Temía las consecuencias que podrían sufrir los perros y gatos adultos en los refugios. Incluso los albergues que se comprometían a no matarlos, transcurrido un cierto número de días, a menudo trasladaban a los animales a una instalación que no hacía esa promesa. Entonces, ella y algunos de sus devotos seguidores atrapaban al animal, lo llevaban a recibir una evaluación médica y cualquier tratamiento que necesitara, y luego lo liberaban nuevamente.

Theresa no estaba segura de cómo se sentía respecto a esta práctica. Estaba de acuerdo con la señora Johnson en que los animales merecían la oportunidad de mantenerse en buen estado de salud y que también era un beneficio para el área mantenerlos así, pero no estaba segura de que fuera un beneficio lanzarlos a la calle otra vez; ni para ellos ni para el área. Tras hacer de abogada del diablo durante las primeras visitas y no llegar a ningún lado, decidió guardarse sus opiniones y cuidar de las criaturas lo mejor que podía; recordándose a sí misma que no sólo hacía algo bueno por el perro o el gato sin hogar, sino que también mantenía a flote su negocio hasta que tomara la dirección deseada.

Sonrió con alivio al ver a David Holmes sosteniéndole la puerta a la señora Johnson para que pudiera salir del área de recepción. Finalmente, noticias del rancho Holmes.

—Comenzaba a preguntarme si iba a saber algo de ustedes —dijo en voz baja.

David se situó en el centro de la estancia y miró a su alrededor:

—Esto luce bien.

—Servirá, por ahora.

—Grandes aspiraciones, ¿eh? —dijo con una sonrisa.

—¿Las hay de otro tipo?

—Bueno, tienes el trabajo. A pa' le tomó un poco más de tiempo decidir porque no lograba obtener una respuesta directa de Jeffrey —explicó David—. Mi hermano puede ser una lata a veces.

—¿Hice algo que le disgustó? —preguntó sorprendida.

Su mente se apresuró a recordar el tiempo que pasó con él. Había estado más bien callado y no habló más de lo necesario, pero ella no lo había atribuido a nada de su conducta. Después de todo, se decía que tras su divorcio se había vuelto solitario y asumió que el silencio era parte de su nuevo estilo de vida.

—Jeffrey es un misterio estos días —David se encogió de hombros— pero conoce a su caballada.

—Si está tan bien informado, ¿por qué dudaba en contratarme? —preguntó, sin molestarse en disfrazar lo ofensivo que le parecía el asunto.

—No podría decirlo. Dice que sabes tus asuntos. Así que no lo sé —le dirigió una amplia sonrisa—. Pensé en llevarte a celebrar. Te gustaría ir a cenar, ¿tal vez?

Ante la mención de comida, se dio cuenta de que había estado tan preocupada pensando en conseguir el trabajo que se olvidó de comer en todo el día. Le dolía el estómago por la falta de alimento.

—Eso suena realmente bien.

—Tú di a dónde vamos —se esforzó por ocultar la euforia ante su aceptación.

—Si quieres ir ahora mismo, tendrá que ser algún lugar casual —dijo con dulzura mientras se señalaba la ropa con las manos.

—Estoy listo cuando tú lo estés —dijo con entusiasmo.

—Entonces será casual —tomó su bolso del mostrador y sacó las llaves—. ¿Te gusta la comida mexicana?

A David no le entusiasmaba la comida mexicana, pero comería tierra si eso significaba sentarse frente a Theresa; asintió rápidamente y la dirigió hacia la puerta.

—Después de ti.

— ¿Tienes preferencia por algún restaurant? — preguntó mientras traspasaba la puerta y esperaba a que él la siguiera para poder echarle llave.

—Es tu noche —pasó tan cerca de su cuerpo que pudo sentir su calor.

Theresa se estremeció de placer involuntariamente por su cercanía. No sólo se parecía mucho a Jeffrey, sino que olía maravillosamente. Inhaló discretamente mientras trataba de detectar la marca de colonia que usaba.

—Es Paul Sebastian —dijo con picardía.

—Oh —se aclaró la garganta, incómoda.

—¿Tú qué usas? —preguntó acercándole tanto su nariz al cuello que ella sintió su aliento.

—Creo que se llama gato callejero —rió entre dientes mientras se alejaba con cuidado.

—Es agradable —dijo en broma—. ¿Quién lo hace?

—La señora Johnson —dijo ella poniendo los ojos en blanco—. Cierro y podremos seguir nuestro camino.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó aproximándose tanto que sus cuerpos podrían haberse fundido.

Theresa respiró hondo e hizo todo lo posible por controlar los impulsos de su organismo. No podía negar el magnetismo animal que David emitía. De no ser porque se había prometido a sí misma jamás tener relaciones con los clientes, se habría sentido muy tentada a saltarse la cena y llevarlo de regreso a su oficina para tener una buena sesión de sexo desenfrenado. Esas ideas no habían pasado por su mente desde que rompió con Scott, varios años antes.

Le sorprendió de la facilidad con que se le ocurrió tratándose de David. Al recordar su reacción corporal al saludo de Henry se cuestionó si era algo acerca de los hombres de la familia Holmes en general que le parecía tentadoramente irresistible. Tal vez le había estado dando demasiado crédito a Jeffrey durante todos esos años.

Miró a David atentamente, como si lo viera por primera vez. Era alto, con cabello oscuro y ojos azules, igual que su hermano. Su nariz era un poco más ancha que la de

Jeffrey e insinuaba que se había roto en la infancia, sin embargo, era una hermosa nariz. Sus labios eran delgados y bien formados, como todos los labios los Holmes. Sus hombros anchos y su pecho bien trabajado se adelgazaban hasta convertirse en caderas seductoramente estrechas y estilizadas hasta llegar a un trasero pequeño y sólido. La forma en que había metido su ajustada camisa con estilo del oeste en sus vaqueros descoloridos acentuaba ese hecho. La principal diferencia era el cabello oscuro, como el de Jeffrey, pero lo tenía mucho más grueso y ondulado. Tenía un dejo salvaje que le pareció atractivo.

En general, David Holmes era un hombre guapo.

Trató de recordar su encuentro cuando era niña pero no pudo. Eso le sorprendió. Alguien tan guapo como él debió ser tan memorable como su hermano mayor. ¿Realmente podía haber estado así de absorta en Jeffrey? Esa idea le resultó espantosa.

Su rostro enrojeció al pensar en lo humillante que debió ser su comportamiento de entonces. No importaba que ella fuera solo una joven preadolescente tonta. El hecho de que David —y otros— presenciaran su conducta la mortificaba. Se alegraba de no haber sido consiente de lo equivocada que había estado entonces mientras estuvo con Jeffrey. Se preguntó si los recuerdos de sus actos eran la razón de sus dudas sobre trabajar con ella.

Si tan solo pudiera retroceder en el tiempo definitivamente se portaría diferente.